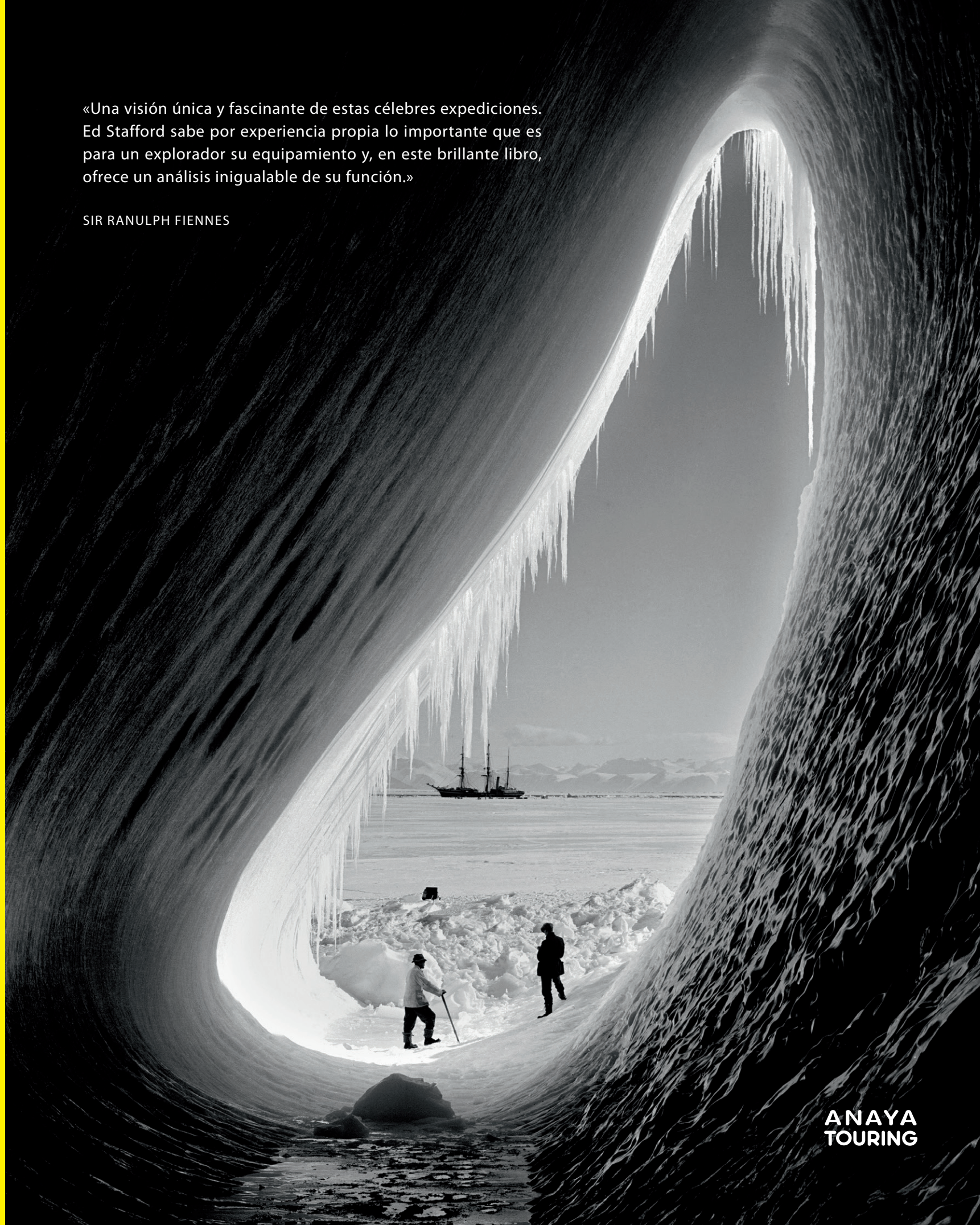


EXPEDICIONES AL DESCUBIERTO

ED STAFFORD

«Una visión única y fascinante de estas célebres expediciones. Ed Stafford sabe por experiencia propia lo importante que es para un explorador su equipamiento y, en este brillante libro, ofrece un análisis inigualable de su función.»

SIR RANULPH FIENNES



**ANAYA
TOURING**

**EXPEDICIONES
AL DESCUBIERTO**



EXPEDICIONES AL DESCUBIERTO

ED STAFFORD

**ANAYA
TOURING**

Índice de contenidos

Introducción	6		
Nellie Bly	14	Sir Ranulph Fiennes	126
<i>La vuelta al mundo en setenta y dos días</i>		<i>Expedición Transglobe</i>	
Capitán Robert Falcon Scott	20	Reinhold Messner	136
<i>Carrera hacia el Polo Sur: expedición Terra Nova</i>		<i>Primera ascensión al Everest sin oxígeno</i>	
Roald Amundsen	30	Jason Lewis	144
<i>Carrera hacia el Polo Sur: expedición noruega</i>		<i>Primera circunnavegación con propulsión humana</i>	
Teniente coronel Percy Fawcett	38	Alastair Humphreys	154
<i>En busca de la ciudad perdida de Z</i>		<i>En bicicleta alrededor del mundo</i>	
Eva Dickson	46	Rune Gjeldnes	162
<i>Primera mujer que cruzó el Sáhara en coche</i>		<i>La travesía en solitario con esquís más larga de la historia</i>	
Clärenore Stinnes	52	Ed Stafford	170
<i>Primera circunnavegación del globo en coche</i>		<i>A pie por el Amazonas</i>	
Amelia Earhart	60	Sarah Outen	180
<i>Primera mujer que sobrevoló el Océano Atlántico en solitario</i>		<i>London2London</i>	
Thor Heyerdahl	68	Bertrand Piccard y André Borschberg	190
<i>Expedición Kon-Tiki</i>		<i>Primer vuelo alrededor del mundo con energía solar</i>	
Jacques Cousteau	78	Fiódor Kóniujov	200
<i>Primera operación arqueológica submarina</i>		<i>El vuelo en globo aerostático más rápido de la historia</i>	
Sir Edmund Hillary	84	Olly Hicks y George Bullard	208
<i>Primera ascensión al Everest</i>		<i>De Groenlandia a Escocia en kayak</i>	
Tim Slessor	94	Apa Sherpa	218
<i>De Londres a Singapur en Land Rover</i>		<i>Veintiuna ascensiones al Everest</i>	
Sir Robin Knox-Johnston	104	Laura Bingham	224
<i>Primera circunnavegación del globo a vela en solitario</i>		<i>Descenso completo del Esequibo</i>	
Robyn Davidson	114		
<i>Cruzar los desiertos del oeste de Australia con camellos</i>			
Índice	234		

> El geólogo Thomas Griffith Taylor y el meteorólogo Charles Wright en la entrada de una cueva glaciar durante la expedición *Terra Nova*, dirigida por el capitán Robert Falcon Scott, el 5 de enero de 1911.

Introducción

Si el mundo secreto de las expediciones se oculta tras una imponente puerta, el equipamiento es la llave que nos garantiza el acceso. Debemos averiguar cómo girarla con destreza, aunque, en gran medida, la diferencia entre cubrir etapas en Arkansas o en el Ártico radica en el equipo que decidamos llevarnos.

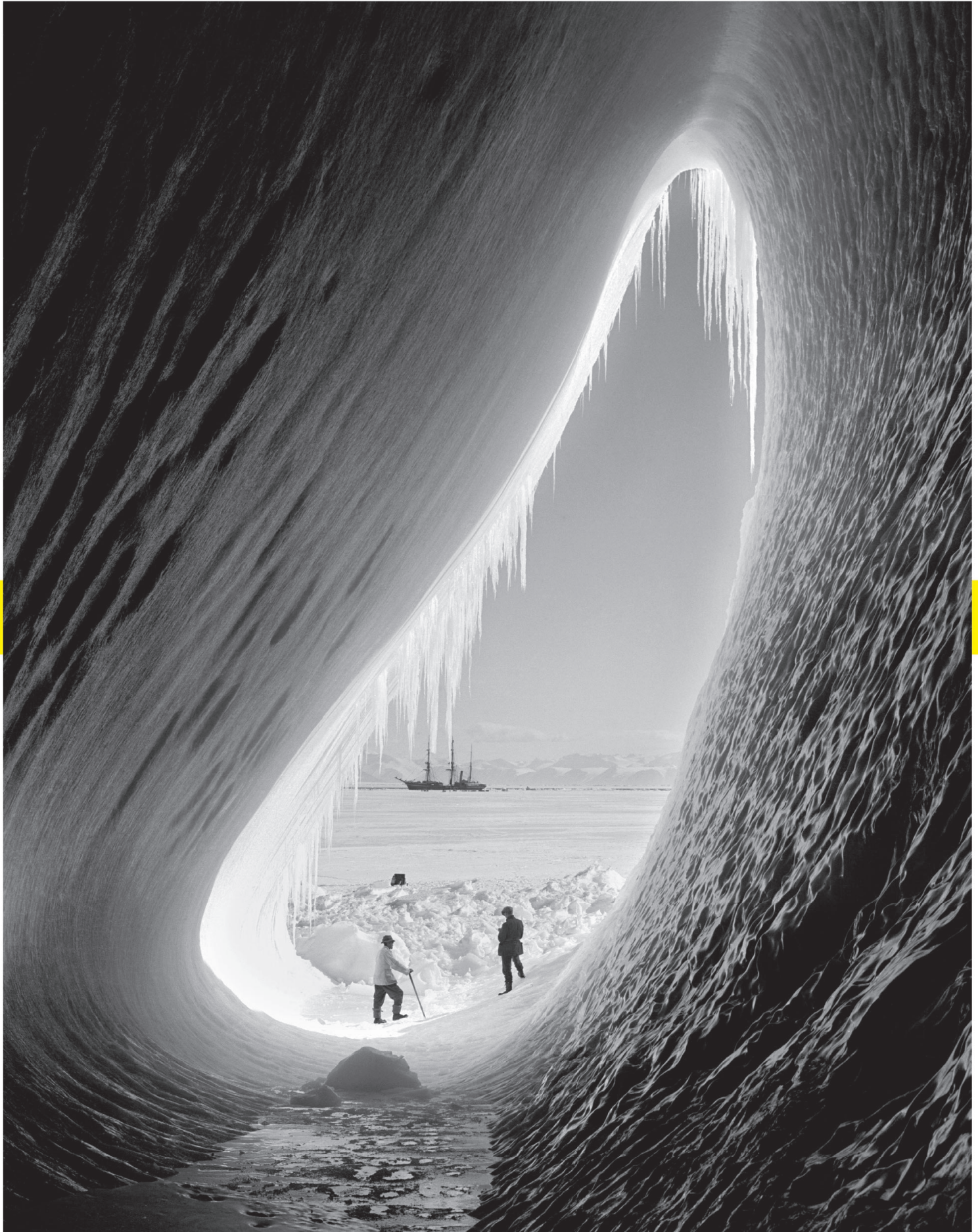
En un ámbito copado de espectáculo, récords y primeras veces en el mundo, resulta difícil señalar con exactitud qué define a una expedición como tal. ¿Es el peligro que conlleva, el espíritu valeroso o la determinación férrea? Por su propia naturaleza, es un concepto etéreo. Sin embargo, los objetos son tangibles y reales; podemos analizarlos mientras nos planteamos esas otras cuestiones más elevadas. Tal vez nos aporten una visión más profunda del explorador, de sus motivaciones y pensamientos. Quizá revelen rasgos de su personalidad que desafiarán nuestra forma de entender la vida.

Si uno ha crecido deseando tener hasta el último cachivache, como es mi caso, cuando se inicia en

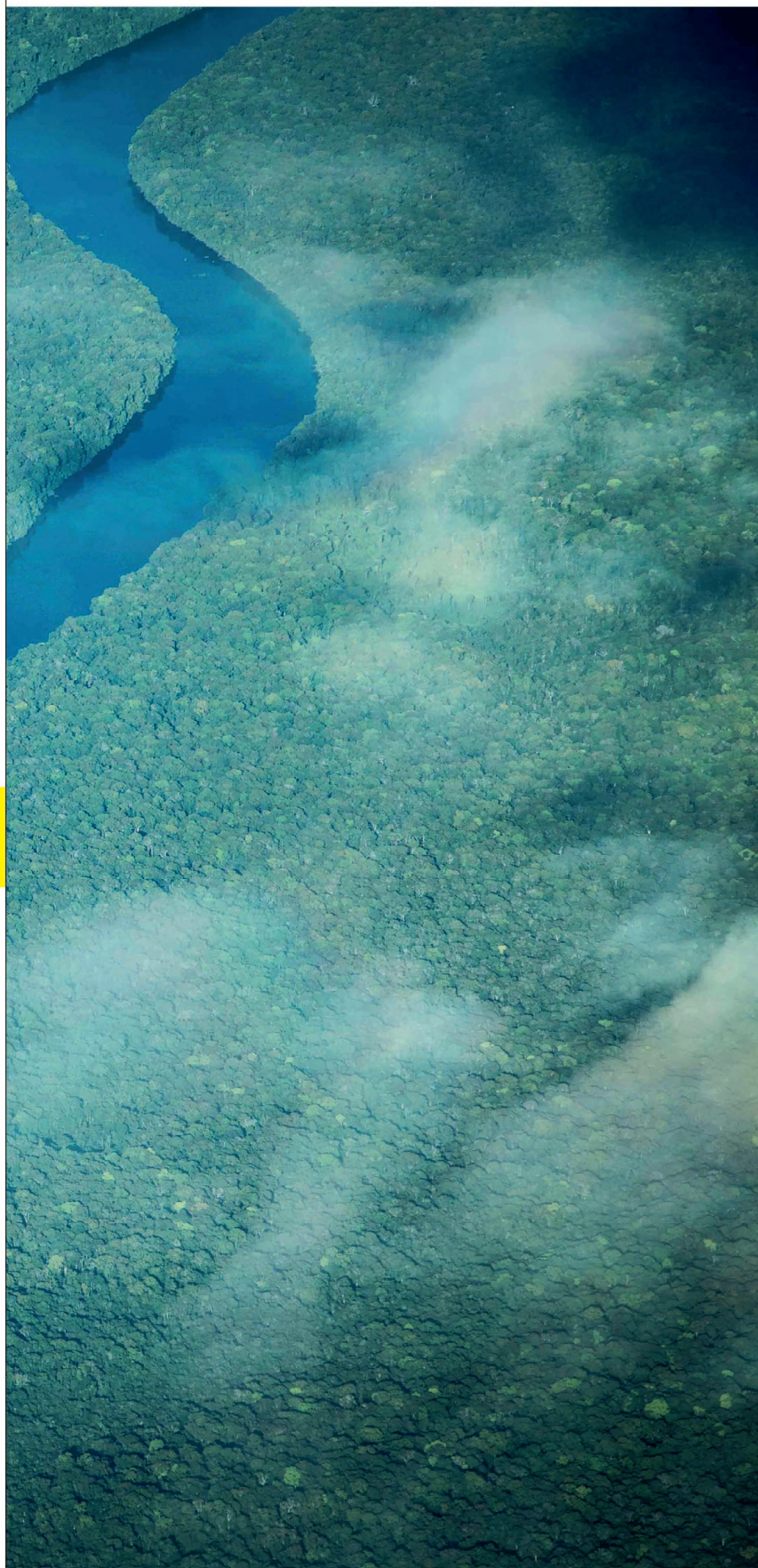
las expediciones, siente la necesidad incontenible de comprar los más modernos y mejores accesorios del mercado. Porque está claro que lo que te permite escalar más alto y correr más deprisa es el equipamiento, ¿verdad?

Cuando dirigí mi primera expedición a la Patagonia, sabía que iba a hacer mucho frío —del que congela hasta las ideas—, así que compré tantos sacos de dormir y plumones para temperaturas extremas que, de haberme quedado en casa y haberlos vendido en eBay, habría pagado el depósito de una casa pequeña. Me obsesioné con los tejidos de tal modo que, tras una noche cantando las alabanzas del Gore-Tex de tres capas, mi pareja me dejó.

Llevaba escrito en la frente: «Bien equipado, pero desorientado». Sin embargo, fue un periodo de prácticas en un campo laboral que ahora conozco y me apasiona. En la actualidad, como cuarentón ya curtido en viajes, me produce un placer infinito embarcarme en una aventura sin ese nivel de preparación. La certeza de poder







< En febrero de 2018, tres aventureras, dirigidas por la exploradora británica Laura Bingham, se convirtieron en el primer equipo en completar el descenso del río Esequibo.

enfrentarme a cualquier situación sin todos los accesorios me da una profunda confianza. Ya se trate de ascender el Ben Nevis con unos pies de gato o estar atrapado intencionadamente y desnudo en una isla durante sesenta días, el saber que puedo afrontarlo, independientemente de lo que tenga a mano, me reafirma tanto como distinguir la silueta de un Land Rover después de semanas de *trekking*.

Sin embargo, en la mayoría de los casos, lo importante es el equilibrio. Necesitamos el equipamiento suficiente para seguir con vida y que sea relativamente cómodo, pero no tan voluminoso que vayamos demasiado cargados y acabemos hundidos en la miseria. La cuidadosa selección del equipo preciso para una misión es nuestra meta principal. Si algo no es de vital importancia, no hay que llevárselo solo «por si acaso». O quizá sí... Cuando uno ha recorrido mundo, tal vez decida cargar con un acordeón para ir a la selva amazónica, como Percy Fawcett en su expedición a la ciudad perdida de Z.

Repasar las listas de equipamiento en las páginas de este libro da una idea sobre la forma de pensar de los exploradores. ¿Hasta qué punto eran meticulosos, experimentados o incluso despistados, para asombro de muchos?

El último capítulo de este libro está dedicado a Laura Bingham. La noche antes de subir a un Cessna en lo más profundo de la remota selva guyanesa, la compañera de expedición y de dormitorio de Bingham, Ness Knight, desplegó su equipo sobre la cama. Necesitaba saber dónde se encontraba todo antes de meterlo en el equipaje; algo que entiendo perfectamente. Bingham (quien resulta ser mi esposa) entró en el dormitorio, tiró de la manta y todo cayó al suelo hecho un lío. Fue una broma. De algún modo han seguido siendo amigas tras haber descendido juntas en kayak el Esequibo; si Bingham me lo hubiera hecho a mí, sé que habría estallado. Su intención era rebajar la tensión previa a la expedición, algo que conozco; pero si tocas el equipamiento ajeno, estás jugando con fuego.



> El enorme forro impermeable de mi mochila Macpac, con capacidad para 90 litros, me ayudó a mantenerme a flote al vadear el Amazonas, además de aligerar el peso que llevaba sobre los doloridos hombros.

A veces aparece algún accesorio que te obliga a reevaluar los límites de lo físicamente posible, y resulta muy emocionante. En 2006, en Patagonia, descubrí la canoa hinchable. Enseguida entendí su versatilidad y empezó a rebrotar en mí el deseo de realizar una expedición imaginada hacía tiempo. Llevaba años soñando con recorrer el curso del Amazonas a pie, pero existía el problema insalvable de cruzar sus centenares de afluentes. Sencillamente eran demasiados, con corrientes demasiado rápidas para cruzarlas a nado cargando el equipo, y la idea de construir cada vez una canoa con un machete resultaba ridícula. De pronto, la tecnología evolucionó y apareció esa embarcación reducible al tamaño de una colchoneta de acampada y que no pesaba mucho más. Con unos remos desmontables de fibra de carbono, me permitiría cruzar cualquier tramo navegable del camino. Una ruta que antes era imposible se convertía en probable.

En la misma expedición, otra pieza muy distinta del equipamiento revolucionó el viaje. Casi al año de empezar a caminar, me quedé sin dinero. No podía comprar comida, pagar el seguro, contratar los servicios de los guías locales ni permitirme el mantenimiento de la web. En el pasado habría tirado la toalla: fin de la expedición. Sin embargo, en ese viaje llevaba una terminal BGAN (conexión a internet vía satélite). Subí un video con música de Coldplay —y así tocar más fibras sensibles— e incluí un enlace a PayPal pidiendo ayuda para financiar la expedición. La respuesta fue extraordinaria y, a lo largo del año siguiente, el video recaudó más de cuarenta mil libras. Poder comunicarse con el mundo exterior desde las profundidades de la

selva amazónica salvó mi expedición y me ayudó a conseguir un récord Guinness mundial.

Con todo, pese a lo mucho que aprecio los teodolitos y sextantes, los chubasqueros y los bidones de agua, lo que me atrae son los elementos frívolos. Sir Robin Knox-Johnston navegó alrededor del mundo a base de cerveza, whisky y concentrado de carne untable; mientras que Jason Lewis pedaleó, remó y bogó surcando los mares a base de cerveza, whisky (también) y pasta de levadura para untar. No obstante, ¿podemos considerar caprichos estos recursos? No cuesta imaginar que habría sido imposible sobrevivir a los agotadores días y noches sin esa copa antes de dormir, acompañada de una fina rebanada con sabor a hogar. Aunque, analizándolo más a fondo, quizá los objetos que me dibujan una sonrisa son, precisamente, los que delatan una personalidad desafiante: «¡La expedición es mía y me llevaré lo que me dé la gana!». ¿Por qué no? ¿Sería posible que ese desafío al sentido común sea en realidad el rasgo de personalidad rebelde que posibilitó la existencia de la expedición?

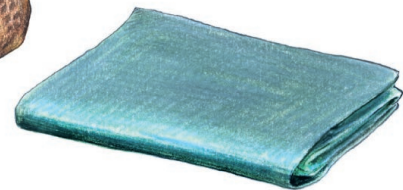
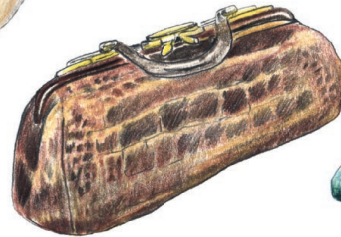
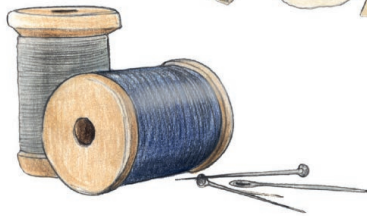
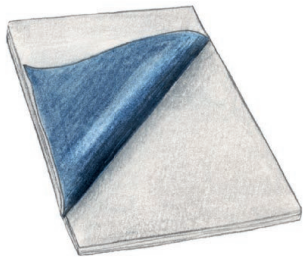
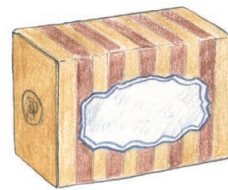
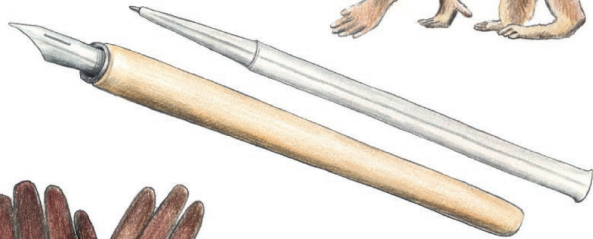
La combinación de elementos imprescindibles y objetos insólitos a lo largo de los siglos —desde acordeones hasta pianos; desde perros hasta camellos— ha resultado un tema fascinante de investigación y escritura, pues revela la asombrosa mentalidad de los exploradores. Sin importar que este libro se lea de principio a fin o se hojee durante la pausa para el café, espero haber plasmado en sus páginas el asombro provocado por estos impresionantes hitos humanos y cómo la elección personal del equipamiento de cada explorador nos ayuda a adentrarnos en la mente de aquellos que han escogido una vida menos corriente.

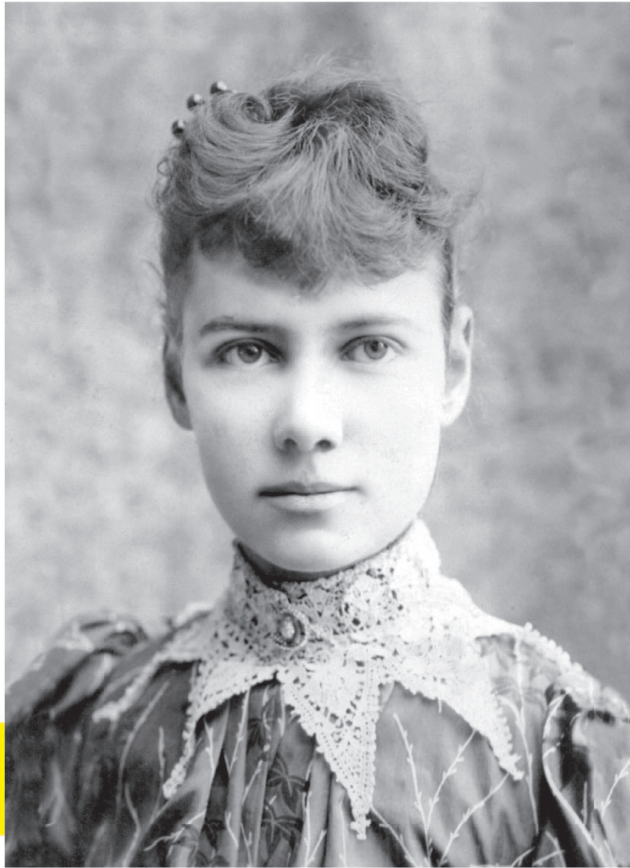






Expediciones





Nellie Bly

Nacimiento: 5 de mayo de 1864, EE. UU.

Fallecimiento: 27 de enero de 1922, EE. UU.

Nellie Bly era el pseudónimo de Elizabeth Cochrane, periodista pionera en un mundo de hombres, que logró convertirse en una afamada reportera del *New York World*. Un domingo del invierno de 1888, en pleno bloqueo creativo, Bly deseó estar: «¡En la otra punta del mundo!». Esto la llevaría a intentar batir un récord: circunnavegar el globo en menos tiempo que el héroe de la novela *La vuelta al mundo en ochenta días*.

Equipaje para la vuelta al mundo

Expedición:
Vuelta al mundo

Fecha:
1889–1890

Duración:
Setenta y dos días



1. Abrigo (tela escocesa a cuadros)
2. Pasaporte diplomático nº 247
3. Ropa interior
4. Champán Mumm
5. Manoletinas
6. Monedas de veinte dólares
7. Corpiño de seda
8. Pañuelo
9. Petaca y taza de aluminio
10. Bote de crema fría
11. El mono McGinty
12. Vestido de viaje
13. Soberanos británicos de oro
14. Velos
15. Tintero
16. Lápices y plumas estilográficas
17. Guantes de cuero
18. Gorras de viaje
19. Camisa deportiva
20. Artículos de aseo
21. Cepillo de pelo
22. Camisón
23. Papel carbón
24. Alfileres, agujas e hilo
25. Maletín de mano marrón
26. Capa impermeable de seda

> Nelly Bly con su famoso abrigo de tela escocesa a cuadros y todo lo necesario para su vuelta al mundo metido en su maletín de mano de piel, en la actualidad expuesto en el Newseum de Washington D.C.

A Bly la precedía su reputación de obstinada periodista de investigación. Con solo veinte años, había pasado diez días en el manicomio femenino de Blackwell; sacó a la luz el brutal tratamiento que recibían las pacientes y favoreció las reformas generalizadas en el cuidado de los enfermos mentales. Por ello, cuando Bly presentó su plan de superar el récord del ficticio Phileas Fogg en su vuelta al mundo, la respuesta de su editor la dejó un tanto perpleja. «Necesitaría un acompañante y [...] tanto equipaje que se retrasaría a la hora de los trasbordos. Además, solo habla inglés; no vale la pena ni plantárselo. Solo un hombre puede hacerlo.» La réplica de Bly le hizo cambiar pronto de idea: «Usted envíe a un hombre, yo partiré con la ayuda de otro periódico y le ganaré». La reportera era una fuerza de la naturaleza; su editor no podía permitirse el lujo de perderla.

El periódico sopesó la idea durante casi un año, y avisaron a Bly con solo dos días de antelación de que embarcaría en el *Augusta Victoria*, rumbo a Inglaterra, para emprender la vuelta al mundo.

Ella sabía que el secreto de su éxito residía en llevar lo justo en su maletín de viaje, para evitar retrasos por pérdida de equipaje o en el paso de aduanas. Sin duda, era una estrategia inspirada en Phileas Fogg y su famoso maletín de tela.

Bly se dirigió al barrio de moda de Nueva York para visitar a uno de los sastres más prestigiosos de la ciudad, William Ghormley, en la Quinta Avenida.

«Quiero un vestido que aguante un uso continuado durante tres meses», explicó y añadió que lo necesitaba para esa misma tarde. Ghormley, acostumbrado a tratar con los clientes más adinerados y exigentes del país, permaneció impávido.

Usaría una tela de lana tupida de color azul y otra estampada de pelo de camello, los tejidos más apropiados para un atuendo duradero. Bly también compró guantes de cuero, un abrigo a cuadros blancos y negros para protegerse del frío, y un fino vestido de verano para los climas más cálidos,

que al final sacrificó, para ahorrar espacio, por un «corpiño de seda».

En su diario anotó: «Una nunca sabe la capacidad que tiene su maletín hasta que la necesidad obliga [...]; he conseguido meter dos gorras de viaje, tres velos, unas manolinas, un conjunto de aseo, un tintero, lápices, plumas estilográficas y papel carbón». Estos últimos objetos eran vitales, puesto que Bly remitiría cartas desde todas sus escalas para que el *New York World* pudiera publicar una serie sobre sus hazañas.

«Alfileres, agujas e hilo» también iban en el equipaje para remendar su limitado número de prendas, junto con «un camisón, una camisa deportiva, una petaca y una taza de aluminio, varias mudas de ropa interior completas y una cantidad ingente de pañuelos». El único objeto de lujo que anotó fue «un bote de crema fría para evitar que se me cuartee la piel por los diversos climas con los que me voy a encontrar». Como prácticamente no podía cerrar el maletín, resolvió llevar su impermeable de seda colgando del brazo.

Solo cinco horas antes de embarcarse, le fue entregado el pasaporte diplomático número 247 en el muelle de Hoboken, donde el personal del *World* se ocupaba de la revisión de última hora de los planes de viaje de Bly.

Esa misma mañana, aunque pasara desapercibido para la reportera y sus compañeros en medio de todo el ajetreo del puerto de Hoboken, John Brisben Walker, editor de la revista *The Cosmopolitan*, estudiaba al detalle el itinerario de Bly, que el *New York World* había publicado en primera plana.

Walker decidió de inmediato enviar a una de sus periodistas a dar la vuelta al mundo y así llevarse todos los honores.

Cuando Bly partió hacia Inglaterra, a bordo del vapor *Augusta Victoria*, ignoraba que solo seis horas más tarde, Elizabeth Bisland, una crítica literaria de *The Cosmopolitan*, embarcaría en un tren con destino a San Francisco, para empezar la carrera alrededor del globo en dirección contraria.

